

VODEVILES TELEFÓNICOS

¿Estar siempre localizable mejora nuestras vidas? LUISGÉ MARTÍN nos narra cómo los móviles provocaron una situación delirante en la suya.

Es cierto que la telefonía móvil, como dicen los reclamos publicitarios, nos mantiene más cerca de las personas a las que queremos. A veces peligrosamente cerca.

Hace dos años mis padres fueron a pasar una semana en una de esas ciudades costeras que se llenan de jubilados en busca del sol mediterráneo fuera de la temporada veraniega. Uno de esos días, al salir de un acto social, los llamé para ver cómo lo estaban pasando. Era ya medianoche, pero como en esos ambientes de balneario se hace vida relajada, no me preocupó la hora tardía. El teléfono móvil de mi padre estaba desconectado y el de mi madre sonó varias veces sin que nadie descolgara. No le di ninguna importancia, pues con ellos ese descuido telefónico es habitual. Me hice propósito de llamarlos al día siguiente y me metí con unos amigos en el torbellino de una discoteca.

Una hora después, al subir de jugar una partida de cartas en el bar del hotel, mi madre vio la llamada perdida en su teléfono y se inquietó por la hora a la que había sido hecha. Como sabe que nunca me acuesto antes de las tres de la madrugada, me devolvió la llamada para comprobar que no había pasado nada grave. Pero yo, que estaba en medio del tumulto de la discoteca, no oí nada. Mi madre se cepilló los dientes, se vistió el camisón y puso la alarma del teléfono móvil a las siete de la mañana, que era la hora a la que se levantaba cada día para ir a hacer una especie de *jogging* de la tercera edad con una amiga del hotel. Se durmió plácidamente.

Al salir de la discoteca a las dos de la madrugada y ver la llamada perdida de mi madre me intranquicé. Primero no me habían cogido el teléfono y luego me llamaban a una hora realmente extraña, a una de esas horas en las que sólo se llama para dar malas noticias. Asustado, los telefoneé para salir de dudas. Mi madre, que estaba en la fase más profunda de su sueño, oyó el teléfono móvil creyendo que era ya la alarma despertador. Palmeando a ciegas en la mesilla para apagarlo antes de que despertara a mi padre, se lamentó amargamente de

me una tercera vez, y mi madre, temiendo que aquella maldita alarma pudiera estar sonando eternamente, desconectó el teléfono. Luego, sonámbula, se puso el chándal y salió de la habitación rumbo al vestíbulo, donde había quedado con su amiga deportista. Tuvo tiempo de extrañarse de que no hubiera todavía ninguna claridad en el cielo y de lo poco reparador que había sido su sueño, lo que, según le pareció, podía deberse a algún problema de salud.

Al llegar al vestíbulo y encontrarlo vacío, en un silencio sepulcral, comenzó a comprender que algo extraño estaba ocurriendo. Por fin vio en un reloj de pared que eran las dos y diez de la madrugada, y no las siete, como ella creía. Para tratar de salir de la pesadilla, preguntó al recepcionista, quien le confirmó, con amabilidad, que el reloj estaba en hora. Mi madre, sin entender nada, desanduvo el camino hacia su habitación. No había cogido la llave y tuvo que llamar a la puerta, pero mi padre, de sueño rocoso, no escuchó los golpes. Como no se atrevía a aporrearla a esas horas, volvió al vestíbulo y se tumbó a dormir en uno de los sofás. Yo, mientras tanto, ya estaba llamando —siempre desde mi teléfono móvil— a los hospitales de la provincia. □



haber quedado para el *jogging* tan temprano en vez de permanecer en la cama descansando. Yo, al ver que me colgaba de inmediato, volví a marcar, cada vez más angustiado por lo que imaginaba que podría estar pasando en aquella lejana ciudad costera: un accidente, un robo, un secuestro. Mi madre, todavía en la cama, apagó de nuevo el teléfono, maldiciendo la perfección tecnológica de esos aparatos contumaces. Aún lla-

